

I. Los motivos de tu elección

Todo lo que en este mundo se cumple está incompleto. Los motivos de Tu elección son de este mundo y los acepto del mismo modo que un enfermo incurable traga su medicina. De dos maneras lo perdemos todo sin fuerzas para quejarnos: muriendo y enamorándonos. Sólo queda el destino, y resignarse a él produce una satisfacción impotente y un ardor desapasionado. Cuanto más limpio y claro es el encuentro entre dos personas, más segura es su imposibilidad. Contra este mundo sólo se ha de presentar una acusación: no aguanta el amor. Más tarde o más temprano aparece una zona prohibida.

Te apartaste. No porque lo exigiera Tu pareja, sino porque mi presencia en Ti era demasiado completa. Cuando mirabas a Eero, mi rostro se erigía en el interior de Tu campo de visión y flotaba allí como si siempre hubiera estado en Ti. Yo había esperado dentro de Ti el

momento en que me encontraras. Nadie se percató de nada. Simplemente charlamos al borde de la pista de atletismo. Ni siquiera nos conocíamos, pero nuestros ojos sabían más que nuestra experiencia. Cometimos el error de quedar para entrenar, como suelen hacer los compañeros del club, y Eero, en algún lugar al fondo, asintió con aprobación. Yo vivía el florecer de mi relación romántica y Tú te ibas de vacaciones con Tu familia. Se produjo una pausa.

Al cabo de un mes nos reencontramos, de nuevo en la pista. Yo corría a paso corto por el césped y Te esperé. ¿Por qué me sentía inquieto? No soy tímido, ya no. No se me pasó por la cabeza que pudiéramos caer, que ya habíamos caído, que ambos estábamos nerviosos; que llegaste tarde porque tuviste que ir al servicio una vez más.

Perdón. Esa fue Tu primera palabra. También fue la última que escuché de Ti. El puente en ménsula del amor que conduce a este mundo ha sido tensado sosteniéndose en los inquebrantables cables de acero de la culpabilidad. En finés, si siquiera hablamos de amor. Hablamos de gustar, de sentirnos bien juntos, de amistad, de encuentros, de lo que sea que no parezca demasiado peligroso como para amenazar ese mundo dominado por la procreación, la familia, el matrimonio y el amor posesivo.

Los motivos de Tu elección los comprendo bien. Me los trago como un terrón de azúcar y aguardo a que penetre el veneno, que circula por mi sangre y llega al atrio del corazón. Abro mi válvula y Te abrazo.

Nunca nos llegamos a besar siquiera. Aunque sentíamos atracción y pasión por unirnos el uno con el otro, ésta no nos dominaba. Nos dominaba un amor cuya orden era desde el punto de vista físico casi inocente. Nuestra relación se desarrolló tan pura y hermosa que su historia serviría bien para el manual de catequesis. ¡Ojalá nos hubiéramos sumido en la pasión animal! ¡Ojalá Eero nos hubiera descubierto frotándonos las caderas en un

gimiente éxtasis de coito lujurioso! Entonces no habría nada que lamentar, simplemente estaría amargado y sentiría la falta de tu carne atlética.

Pero no. Había de bastar con las palabras. Ardiendo en sentimientos comenzaste a temer ser descubierta y borraste del ordenador de casa nuestros mensajes. Durante medio año en Tu correo se habían acumulado casi doscientas cartas. Antes de destruirlas elegiste las mejores y las imprimiste para ponerlas a buen recaudo en el trabajo.

Ese domingo de enero Te sentías ligeramente débil después de nuestra larga carrera, y cuando la impresora dejó de funcionar, sin pensar en nada más, fuiste a la cama y te quedaste dormida. Eero llegó a casa, se dio cuenta de que dormías profundamente y cerró la puerta de la habitación para no hacer ruido. Quería imprimir unas actas de trabajo para la presentación del día siguiente. Consiguió arreglar la impresora atascada, que sin avisar comenzó a vaciar nuestra correspondencia de la memoria. Allí estaban mis confesiones sinceras y Tus respuestas tiernas, directamente ante los ojos de Eero.

Al despertar Te esperaba un torrente de preguntas. Eero había alcanzado a leer decenas de hojas y estaba completamente fuera de sí. Debido a aquellas francas palabras, este mundo cobraba una victoria.

Lo siento, pero me acerco a Ti una vez más. Pienso despedirme, tengo que hacerlo, porque no se me dio oportunidad. Cuando en el momento de la separación gemí “¿Y qué voy a hacer ahora?”, Tú replicaste: “¡Escribe!”

No sé cuán larga confesión esperabas, pero aquí la tienes. Mi larga carta tal vez no Te llegue mañana o pasado mañana, porque el mundo sabe levantarse entre nosotros. Mis palabras, sin embargo, existen. De mí no queda nada más. Como regalo de despedida recibes todo esto.

Más tarde o más temprano abrirás el paquete y avanzarás página a página hacia la solución del enigma.

Línea a línea vuelvo en mí bajo Tu mirada, mi alma mutilada se levanta poniéndose en pie, sosteniéndose sobre las tambaleantes piernas de un agotado corredor, la puerta de mi celda de prisionero se abre y, como anhelando aún algo, salgo a la luz del día y salto hacia la libertad.

Tuviste Tu origen en París; una unión harto inverosímil surgió en mayo de 1966 en los burbujeantes barrios universitarios, cuando un lector de francés del Líbano y una profesora finlandesa se entregaron a una aventura. Sería tormentosa durante medio año antes de acabar en un verosímil naufragio. Una devota novia de Cristo del municipio rural de Porvoo y un fervoroso hermano druso de la zona del Monte Líbano; qué puede nacer de algo así cuando ya sus religiones se rechazan y una de ellas incluso prohíbe el acercamiento. Pero el amor y la pasión unieron a Tu padre y a Tu madre en una sola carne, que en agosto, en el Barrio Latino de París, comenzó a transformarse en Ti.

Por esa época yo cumplía los diez años y aprendía a masturbarme en los bosques aislados de Kainuu, en el patio de una escuela rural de Kuhmo, adornado con los gnomos de arcilla realizados por mi madre. Los llamábamos personitas, y cuando mi padre acudía a las granjas a encargarse de los partos, siempre les pedía su bendición para su labor de veterinario. Decía que además de buena suerte, eso traía consigo potencia y al mismo tiempo guiñaba un ojo. Ese era el juego amoroso entre mi padre y mi madre que continuaba entreteniéndolos. Personalmente soñaba con el contacto de la chica con las tetas más grandes de la residencia escolar y lanzaba los primeros sémenes de mi virilidad en elapestoso canalón de una fría habitación exterior. Mi vida amorosa se había